

# Análisis

## Liberalismo para rato en Canadá

DOI: 10.32870/mycp.v3i10.96

Arturo Santa Cruz\*

Mientras que en Estados Unidos lo cerrado de la contienda presidencial entre George W. Bush y Al Gore pone en duda la permanencia de un demócrata como inquilino de la Casa Blanca durante los próximos cuatro años, en Canadá todo parece indicar que un liberal seguirá al mando de ese país en los años por venir. Con elecciones parlamentarias esperadas para la primavera entrante, la interrogante que ha surgido en Canadá no es qué partido tendrá mayoría en el (lo cual se sabe que será el Partido Liberal), sino quién lo encabezará.

Sin duda, uno de los fenómenos más notables de la política canadiense reciente es la fragmentación de la derecha en ese país. Representada tradicionalmente por el partido Conservador Progresista, la derecha canadiense tuvo su último momento de auge cuando el entonces primer ministro Brian Mulroney logró concretar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte con sus vecino del sur, entonces dirigido por el republicano Ronald Reagan. Después vinieron los problemas económicos, la extensión del Tratado de Libre Comercio a México, la paulatina pérdida de popularidad de las políticas de los conservadores y, finalmente, la *debacle*: en las elecciones parlamentarias de 1993 los conservadores no sólo perdieron la mayoría en el parlamento, sino que prácticamente fueron borrados del mapa legislativo, conservando tan sólo dos de los 295 asientos en el parlamento. En tanto, los liberales, bajo la batuta del veterano político francófono Jean Chretien, obtuvieron 177 posiciones.

Es importante destacar, sin embargo, que al drástico revés sufrido por los *Tories* canadienses en las elecciones de 1993 no correspondió una pérdida proporcional de la derecha canadiense en su conjunto. El surgimiento del Partido Reforma a fines de los ochenta, un desprendimiento del Partido Conservador Progresista con bastiones de poder principalmente en las provincias del oeste canadiense, de corte populista y socialmente más conservador que los relativamente progresistas conservadores (de ahí sin duda el en apariencia contradictorio nombre del partido), logró dividir al electorado que se identifica con la derecha en Canadá. Así, en 1993 esta vertiente del espectro político, con ciertas afinidades con el Partido Reforma fundado por el millonario texano Ross Perot en Estados Unidos, obtuvo 52 asientos 50 más que los del partido que tradicionalmente ha representado a la derecha canadiense. El que estos dos partidos en conjunto hayan obtenido menos de la quinta parte de los asientos en el parlamento no refleja fielmente su base electoral. En la elección de 1993, los *Tories* obtuvieron 16 por ciento de los votos y los reformistas 18 por ciento, lo que da un total de 34 por ciento del voto popular. Pero, debido a las características del sistema electoral canadiense, ese porcentaje se tradujo en tan sólo 18.3 por ciento de los asientos en el parlamento; los liberales, en tanto, con 41.3 por ciento de los votos, obtuvieron 60 por ciento de los asientos.

Cuatro años más tarde la situación mejoró para la derecha canadiense. Los conservadores prácticamente renacieron, conquistando 20 asientos en el parlamento; mientras que los reformistas vieron incrementada su representación en ocho escaños, llegando a los

\* Investigador del Departamento de Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara.

60. Aun así, los liberales, con Chretien de nuevo a la cabeza, fueron capaces de conservar, aunque menguada, la mayoría, con 155 asientos. Tres años después y no obstante el desgaste electoral que implica el ejercicio del poder durante dos períodos consecutivos, los liberales parecen enfilarse a otra victoria en el primer semestre del próximo año, cuando el gobierno de Chretien llame a elecciones. Según una encuesta publicada en el diario *Globe and Mail*, el 30 de agosto del presente, los liberales cuentan con 46 por ciento de la preferencia electoral, contra 22 por ciento de la Alianza Reforma Conservadora Canadiense (como rebautizaron a su instituto político los reformistas) y 10 por ciento de los *Tories*.

Aunque el sistema parlamentario favorece la formación de alianzas entre fuerzas políticas frecuentemente disímolas (recuérdense, por ejemplo, los casos de Italia y Japón en el primer lustro de los noventa, o el de Israel bajo la coalición que llevó al poder a Ehud Barak), nada parece más lejano que la unión de fuerzas, con vista a los próximos comicios de conservadores y reformistas en Canadá. Para los primeros, el partido ahora liderado por el carismático Stockwell Day, quien recuerda un tanto a Joerg Haider, del Partido Libertad de Austria, no sólo en su gusto por dejarse fotografiar en vestimenta deportiva, sino también por su intolerancia con las minorías, representa a una derecha ramplona y aventurera, sin sustento en las tradiciones políticas canadienses. John Crosby, quien fuera miembro del gabinete del efímero gobierno conservador de Joe Clark en 1979 y después del de Brian Mulroney, escribió hace poco que con la propuestas de la Alianza para reducir los poderes de Ottawa tales como eliminar los programas destinados a disminuir las diferencias regionales) se evidencia que los aliancistas quieren “castrar al gobierno central”. Para este destacado miembro del Partido Conservador Progresista “...la mayor amenaza para Canadá no es la continuación del Partido

Liberal en el poder. Es la posibilidad de que podamos un día tener un gobierno de la Alianza. Es probable que Canadá no sobreviviera ese desastre”.<sup>1</sup> El ex primer ministro Clark, actual líder del Partido Conservador Progresista, es igualmente hostil a la agenda política de sus ex correligionarios.

Para la Alianza, los *Tories* representan una derecha anticuada y demasiado dispuesta a ceder terreno ante los liberales canadienses. Así, por ejemplo, al sistema impositivo canadiense, que se ha caracterizado por su carácter progresivo, la Alianza opone una tasa impositiva uniforme para los contribuyentes — independientemente del nivel de ingresos, propuesta que por cierto Ross Perot manejó en la contienda presidencial estadounidense de 1992—. La estrategia de la Alianza es simplemente incorporar militantes *Tories*, hasta el punto de absorber al partido. Pero eso es poco probable que suceda.

Así, la interrogante radica en si Chretien podrá llevar a cabo su intención de encabezar al partido por tercera ocasión consecutiva; siguiendo de esa manera los pasos de su ex-

mentor Pierre Trudeau, quien gobernara Canadá casi de manera ininterrumpida desde 1968 hasta 1984. Líder de su partido desde 1990, aunque con una trayectoria política que data de 1963, Chretien goza de una popularidad indiscutible en su partido. Sin embargo, ha surgido un contendiente importante para este político de 66 años: Paul Martin, el actual ministro de finanzas. De 61 años de edad, Martin ha estado al frente de una economía canadiense que se

encuentra ya en su séptimo año consecutivo de crecimiento, lo que le ha permitido convertir el déficit fiscal con que inició sus labores en el gobierno en un superávit. Más aún, fue capaz de lograr lo anterior con una reducción simultánea de impuestos a los canadienses. Estos logros han hecho de Martin un serio contrincante de Chretien, particularmente

---



---

**Sin duda, uno de los fenómenos más notables de la política canadiense reciente es la fragmentación de la derecha en ese país.**

---



---

dentro del ala de centro-derecha del Partido Liberal.

Por fortuna Chretien, como jefe de gobierno puede reclamar para sí el crédito por el auge económico y social que vive su país. Las encuestas de opinión consistentemente arrojan porcentajes favorables para su administración que rondan 65 por ciento. Sin duda es por eso que no hubo ningún reto formal a su liderazgo en la convención para definir la política del Partido Liberal en marzo pasado. Como el mismo Chretien declaró en esa ocasión ante la sugerencia de algunos reporteros de que tal vez

debía dejar libre el camino para una renovación del liderazgo en su partido: “Escucha, yo soy el jefe”. Y el jefe no parece tener intención alguna de hacerse a un lado para las próximas elecciones. Así pues, y en tanto no suceda un vendaval político inesperado en los próximos meses, la pregunta es quién será el heredero del legado de Chretien, no en el proceso electoral del 2001, sino en el que le suceda, que bien podría tener lugar hasta después de que Bush o Gore hayan buscado la reelección en 2004.

### **Nota**

1 *Globe and Mail*. Septiembre 1, 2000 